Era una vez el atardecer. Era un septiembre entre los septiembres de mi vida. Estaba sentado en la terraza, en la silla mecedora, leyendo un libro de páginas iluminadas por la última luz. Me balanceaba muy despacio, como si me hubiera dormido balanceándome y mis piernas continuaran elevándome lentamente en el suelo de forma mecánica. En el otro lado de la terraza frente a la puerta de la cocina, mi madre estaba sentada en el sofá grande. La esclava miriam había terminado de bañarla y peinarla. Los gatos estaban acostados en pequeños montones, respirando en el suelo. A veces se levantaba alguno y, muy altivo, pasaba el cuerpo por las piernas de mi madre, o por las piernas de la esclava miriam, o por mis piernas. Al ser peinada, mi madre cerraba los ojos. Tenía los cabellos extendidos en el respaldo del sofá, tenía la carne ablandada por el agua, tenía la piel enrojecida. Sin que los pasos de sus pequeños pies se oyeran, la esclava miriam se puso frente a mi madre y se agachó, sacó del bolsillo del delantal unas tijeras, sostuvo los pies de mi madre a la altura de su pecho y comenzó a cortarle las uñas. Levanté la mirada del libro para observar. Entre sus dedos finos, su dedo pulgar era un objeto gigantesco. Volví al libro y sentí que las palabras huían de mi mirada. Las palabras, nerviosas, se agitaban como si quisieran salir de la página y desaparecer en una libertad de palabras evadidas en el cielo. Bajé el libro y miré hacia el frente. La montaña frente a mí, todo el paisaje, los últimos pájaros, el jardín y las hierbas, todo continuaba del mismo modo. Cerré el libro señalando la página con un dedo y me percaté de que el libro entero temblaba. Aquel libro había estado durante años en la biblioteca. Su lomo azul había estado durante años en la segunda estantería, justo en frente de la puerta. Su lomo azul había estado durante años entre libros

de lomos rojos. Cuando era pequeño y jugaba con mis carritos, los arrastraba por las estanterías, que eran las carreteras, y por entre los libros que eran casas altas; aquel libro de lomo azul era siempre mi casa. Sostenía mi carrito entre el índice y el pulgar y lo dirigía hasta mi casa, que era aquel libro de lomo azul, me estacionaba al lado de las otras casas rojas y, en mi imaginación, entraba en ella, dormía durante una noche que pasaba en segundos y volvía a entrar a mi carrito y volvía a conducirlo por las carreteras de las estanterías. Era ese el libro que temblaba en mi mano. Por un instante, temí una revolución de las palabras, pero al alejar el libro me di cuenta de que era mi mano la que temblaba. Era mi mano derecha la que temblaba. Incómodo, permanecí un momento mirando mi mano temblorosa como si no fuera mía, como si fuera la mano de otra persona. Me mantuve mirándola sin lograr detenerla. A partir de ese día, y durante todos los días que se siguieron, mi mano derecha comenzaba a temblar al ponerse el sol y seguía temblando durante toda la noche.

Nunca supe por qué escribía. Cuando escribía me sentaba al escritorio, tomaba una hoja en blanco, buscaba mi bolígrafo y encontraba, una a una, las palabras. Durante años me acostumbré a ver a mi padre cumpliendo el mismo ritual. Mi padre escribía sonetos. Después de la cena, todos los días, se sentaba al escritorio, encendía la pipa y comenzaba a escribir y a tachar, a escribir y a tachar, a escribir, a leer en silencio, a meditar, a tachar y a escribir. Mi madre se sentaba a bordar. Al anochecer, mi padre tenía un soneto listo y nos íbamos a dormir. Cuando alguien venía a la casa a cenar, íbamos del comedor a la sala. Las señoras tosían bajito y mi padre leía algunos sonetos. Al final todos aplaudían suavemente. Las señoras se miraban unas a otras. Los señores decían muy bien y le estrechaban la mano a mi padre. Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me regaló el bolígrafo con el que escribí mi primer cuento, mi primer relato, mi primera novela. Todo lo que hizo de mí un escritor fue escrito con aquel bolígrafo. El mismo que, exactamente diez años después de que me lo regalara, habría de arrojarlo al fuego hasta verlo consumirse, ni una brasa, desvanecido; ni un montón de ceniza con la figura de aquel bolígrafo.

Aquella noche, durante toda la cena, la esclava miriam entró